

Domingo de Ramos. Mt. 27, 11-54. “No te bajes de la cruz”

Según el relato evangélico, los que pasaban ante Jesús crucificado se burlaban de él y, riéndose de su sufrimiento, le hacían dos sugerencias sarcásticas: si eres Hijo de Dios, “sálvate a ti mismo” y “bájate de la cruz”.

Esa es exactamente nuestra actitud ante el sufrimiento: salvarnos a nosotros mismos, pensar solo en nuestro bienestar y, por consiguiente, evitar la cruz, pasarnos la vida sorteando todo lo que nos puede hacer sufrir. ¿Será también Dios como nosotros? ¿Alguien que solo piensa en sí mismo y en su felicidad?

Jesús no responde a la provocación de los que se burlan de él. No pronuncia palabra alguna. No es el momento de dar explicaciones. Su respuesta es el silencio. Un silencio que es respeto a quienes lo desprecian y, sobre todo, compasión y amor.

Jesús solo rompe su silencio para dirigirse a Dios con un grito desgarrador: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” No pide que lo salve bajándolo de la cruz. Solo que no se oculte ni lo abandone en este momento de muerte y sufrimiento extremo. Jesús muere como tantos hombres hoy, preguntándose ¿por qué? Y Dios, su Padre, permanece en silencio.

Solo escuchando hasta el fondo este silencio de Dios descubrimos algo de su misterio. Dios no es un ser poderoso y triunfante, tranquilo y feliz, ajeno al sufrimiento humano, sino un Dios callado, impotente y humillado, que sufre con nosotros el dolor, la oscuridad y hasta la misma muerte. El Rey, el Mesías, es tan solo un hombre desnudo levantado en una cruz.

Jesús no da ninguna respuesta fácil al dolor de la humanidad, grita el grito de la humanidad. No es que Dios no escuche, Dios clama con nosotros. Es en la cruz en la que Dios se hace solidaridad con nosotros, los humanos. Es en la cruz, donde el “Emmanuel”, “El Dios con nosotros”, se manifiesta plenamente.

Por eso, al contemplar al Crucificado, nuestra reacción no puede ser de burla o desprecio, sino de oración confiada y agradecida: “No te bajes de la cruz. No nos dejes solos en nuestra aflicción. ¿de qué nos serviría un Dios que no conociera nuestros sufrimientos? ¿Quién nos podría entender?”

¿En quién podrían esperar los torturados de tantas cárceles secretas? ¿Dónde podrían poner su esperanza tantas mujeres humilladas y violentadas sin defensa alguna? ¿A qué se agarrarían los enfermos crónicos y moribundos? ¿Quién podría ofrecer consuelo a las víctimas de tantas guerras, terrorismos, hambres y miserias? No. No te bajes de la cruz, pues, si no te sentimos crucificado junto a nosotros, nos veremos más perdidos.

Recopilado de “El Camino abierto por Jesús – Mateo.” De José Antonio Pagola y “El Evangelio de Mateo”. De Francesc Riera i Figueras